

Que incontrastable es el poder inmenso.

La tregua cual convino
A la que árbitra fué de su destino,
Firmóse pues. Privado
De corcel el un moro,
Ve en esto á Bridadoro,
Que en libertad retoza por el prado.
Mas mi canto en extremo se prolonga,
Forzoso es pues que término le ponga.

CANTO XXV.

Rodomonte y Mandricarlo se dirigen á Paris. — Historia de los amores de Ricardeto y Flordespina. — Carta que dirige Roger á Bradamante.

¡ Oh ! cuál en pecho juvenil contrasta,
Con impetu de amor, ansia de gloria,
Mientras el ingenio mas sutil no basta
A decidir quien gane la victoria!
En ambos moros tiene tal prestigio
La idea del deber, que en el instante
Por volar al socorro de Agramante
Su furia aplacan, cesan su litigio.

Mas pudo empero amor; que, si no fuera
Porque así se lo manda su señora,
Espada destructora
Trágico fin á aquella lid pusiera,
Y de la gente mora
Quedara sin apoyo la bandera:
Así pues el amor, si una vez daña,
Causa otra vez es de fortuna extraña.

Por salvar al ejército pagano
Pártense pues con la gentil doncella
Los dos moros, seguidos del enano
Que del tártaro anduvo por la huella,
Hasta que, por fatal secreto influjo,

A su presencia al rey de Argel condujo.
Así llegan á un prado do, tendidos
Cabe un arroyo, estan sobre la grama
Cuatro guerreros y una bella dama.

Quien fuesen ya diré; que hablar agora
Quiero del buen Roger, del bravo mozo
Que el mágico broquel lanzó en el pozo.
Una milla corrido appena habia,
Cuando un correo en advertir no tarda
De los que el hijo de Trojano envia
A los guerreros cuyo apoyo aguarda.
Por él sabe que puesto Cárlos tiene
En tal conflicto al moro,
Que, si á darle socorro nadie viene,
Perecerá cubierto de desdoro.

Asaltado Roger por mil ideas,
Sin saber por cual dellas se decida,
Del mensajero se despide, y vuelve
Hácia el paraje do quedó la dama,
En cuyo seguimiento
Veloz corriendo, olvida
Todo otro plan, todo otro pensamiento.
Así, al ponerse el sol, llega á una tierra
Que, en medio á Francia, el rey Marsilio habia
Quitado á Cárlos en aquella guerra.
Las puertas se abren, álzanse los puentes,
Y nadie el paso en detenerle piensa,
Bien que de armadas gentes
Defiende el foso multitud inmensa.

Al verle en compañía
De la gentil y conocida dama,
Nadie le preguntó como se llama,
Nadie le preguntó de do venia.

Llega á la plaza, y nota una gran lumbre
En torno de la cual la muchedumbre
Al jóven contemplaba, cuya angustia
Expresaba su faz pálida y mustia.
Alzala en esto, y verla al héroe deja.

Roger, no bien la mira,
Ver piensa á la beldad por quien suspira,
Que á Bradamante el jóven se asemeja.
Cuanto mas lo contempla y lo examina,
Mas se afirma en su error, hasta que exclama :

« O una extraña vision los alucina,

« O esa que ven mis ojos es mi dama.

« Audaz quizá en extremo

« Del mísero mancebo la defensa

« Haya abrazado, y cruda muerte temo

« Sea de su valor la recompensa.

« ¿Porqué, porqué con ella aquí no vine?

« Mas tiempo por fortuna todavía

« Es de impedir á esta canalla impia

« Que holocausto tan bárbaro termine. »

Viuda del asta al contemplar su cuja,

El hierro desenvaina;

Luego el corcel contra la chusma empuja,

É hiriendo con furor que nunca amaina,

Al uno el vientre, al otro la garganta

Horada sin piedad. Al ver su furia,

Huye la plebe con lijera planta,

Cual huye y se dispersa una bandada

De pájaros que, en torno de un pantano

Buscando que comer, vese acosada

A la improvisa por voraz milano.

A cuatro ó seis que ménos diligentes

En correr anduvieron, la cabeza

Derriba; hasta los dientes,

O hasta los ojos hiéndela á otros tantos.

Férreas cofias lucientes

Protegen solo, á la verdad, sus frentes,

Mas lo mismo en su cólera el guerrero

Partiera almetes del mas fino acero.

Al vigor de Roger no hay hoy pujanza

En paladin que compararse pueda,

Ni en animal hay fuerza que lo exceda;

Si alguna existe que á igualarlo alcanza

Es la del terremoto ó la del diablo,

No del que habita en los infiernos hablo,

Sino de aquella máquina que abrasa

El aire, el mar, la tierra por do pasa.

A cada golpe suyo, uno, dos, cuatro

Vienen al suelo; ciento

Tendidos por la tierra en un momento,

Cubren de sus hazañas el teatro.

¡Qué estrago; oh Dios! qué destruccion sembrando

Va, puesta en manos de Roger, la espada

Que por dar muerte á Orlando

En el jardin de Organda fabricada

Fuera por Falerina,

De quien y del jardin fué luego ruina!

Creyendo dar socorro á Bradamante,

Del héroe se redobla

El coraje y la fuerza á cada instante.

Cual contra canes duchos

Se defiende la liebre temerosa,

Así contra el guerrero que la acosa

Se defiende la chusma. Muertos muchos,

El duro suelo con su sangre riegan;

A presta fuga los demas se entregan.

La dama de sus lazos

Suelta al jóven en esto entrambos brazos,

Y luego, como pudo,

La espada le ciñó, le dió su escudo.

Él, que ofendido está de aquella gente,

Ansioso trata de obtener venganza,

Y pujante, y valiente,

Puebas da de valor y de pujanza.

Mas el sol en los mares de Occidente

Las áureas ruedas de su carro lanza,

Y á salir del castillo

Se dispone el intrépido caudillo.

Cuando seguro fuera

Del alcázar con él se mira el mozo,

Turbado de emocion, nadando en gozo,

Muestras le da de gratitud sincera,
Y le ruega por Dios que el nombre diga,
Que impreso en su alma á conservar se obliga.

« Veo, » dice Roger, « su faz hermosa;
« Su esfuerzo reconozco y su semblante :
« Mas en su voz advierto alguna cosa
« Que no es el dulce hablar de Bradamante.
« ¿Porqué gracias me da? ¿respetuosa
« Porqué se muestra á su rendido amante?
« No es ella, no, que su alma no ha podido
« El nombre de Roger dar al olvido.

Por cerciorarse de ello, así al mancebo
Dice Roger : « Que á ti ó tu retrato

« Vide ántes de hoy, á asegurar me atrevo;
« Mas donde, en balde de acordarme trato :
« Si tu te acuerdas, dimelo, y de nuevo
« Dime tu nombre, que á lo ménos grato
« Me será conocer á quien mi brazo
« Salvó de tal conflicto y embarazo

—«Que me vierais, » dice él, « en parte alguna,

« Bien que donde no sé, no me sorprende;

« El mundo yo recorro, y mi fortuna

« Do quier que hay aventuras las emprende.

« Nació conmigo y se meció en mi cuna

« Una doncella á cuyo lado hoy pende

« La espada y el broquel, y que de modo

« A mí, su hermano, se asemeja en todo,

« Que muchos, muchos, en igual engaño

« Que en el que acaso estais, han incurrido.

« Mis hermanos, mi padre, y, lo que extraño

« Es mas aun, la madre que nutrido

« Nos ha á los dos, confúndenos ogaño,

« Desde que, en gruesas trenzas recogido,

« Largo el cabello, mujeril adorno,

« Ella no lleva de su frente en torno.

« Desde que, herida en la cabeza un día

« (Largo fuera el marcar de qué manera),

« Al morador halló de una abadia

« Que cercenó su larga cabellera,

« La sola diferencia que existia

« Entre nosotros dos desapareciera.

« Ricardeto yo soy : ella se llama

« Bradamante; y su nombre es de la fama.

« Estupefacta quiero que se quede

« Vuestra alma, si escucharme no os molesta,

« Y si narrar la historia me concede

« Que, grata al pronto, al fin me fué funesta. »

Roger, á quien una ocasion no puede

Mas favorable presentarse que esta

Por saber de la que ama, le suplica

Que empiece; y él hé aquí como se explica :

« De aquesos bosques los oscuros senos

« Mi hermana ha poco al traspasar, le avino

« Por una multitud de sarracenos

« Ser asaltada en medio del camino.

« Llevaba armado todo el cuerpo, ménos

« La frente, en donde á ser herida vino;

« Y en tanto que se cierra esta honda llaga,

« Suelto el cabello, por las selvas vaga.

« Vagando llega al borde de una fuente,

« Do, hallándose cansada y afligida,

« Del bruto baja, la desnuda frente

« Reclina en tierra y quédase dormida.

« Fábulas yo no juzgo que se invente

« Mejor que esta aventura concebida.

« Hácia aquel sitio en esto llega sola

« Cazando Flordespina la española.

« La cual allí viendo á la hermana mia

« Toda, excepto la faz, de armas cubierta

« Y el hierro que á su lado relucia,

« De ver un paladín se juzga cierta.

« Su esfuerzo se figura y bizarria

« Tanto, que amor en su alma se despierta.

« A la caza convidala y procura

« Engolfarse con ella en la espesura.

« Viéndose sola en sitio retirado,

« Donde ser sorprendida no recela,
 « Con gestos y palabras el estado
 « De su alma poco á poco le revela.
 « Con suspiros de fuego y labio osado
 « Le descubre el afan que la desvela,
 « Y ora pierde el color, ora se enciende,
 « Hasta que en fin un ósculo sorprende.
 « Bien ve mi hermana el deplorable engaño
 « Que, amándola, padece Flordespina,
 « Y no hallando remedio á tanto daño,
 « Su posicion la ofusca y la alucina.
 « Mas vale, » dice, « en trance tan extraño,
 « Sacarla del error en que se obstina;
 « Que por veraz mujer pasar prefiero
 « A pasar por menguado caballero.
 « Y era así la verdad, pues mengua eterna
 « Cubrir debe á todo hombre que no rinda
 « Su corazon á la belleza tierna
 « Que con los goces del amor le brinda.
 « Bradamante, queriendo que discierna
 « Lo cierto del error la jóven linda,
 « Le dice que tambien es ella dama,
 « Que, el mundo recorriendo, busca fama.
 « Fama cual la de Hipólito y Camila
 « Busca en la guerra. En África engendrada,
 « Junto á la mar, en la ciudad de Arcila,
 « Desde niña al combate está avezada.
 « No por eso se queda mas tranquila
 « La misera doncella enamorada;
 « Que este remedio es impotente y tardo :
 « ¡ Tanto de amor profundizó ya el dardo!
 « Ni ménos bellos halla de la dama,
 « Por eso, ni la faz ni los modales,
 « Ni con ménos ardor su pecho inflama
 « La luz de sus dos fúlgidos fanales.
 « En traje femenino viendo á la que ama,
 « Piensa tal vez que calmará sus males;
 « Y tal vez los redobla y los irrita,

« Mientras en que es mujer recapacita.
 « Quien sus quejas oyera, quien su llanto
 « Viera correr, con ella lloraria.
 « Quebranto igual, » clamaba, « á mi quebranto
 « Nadie sufrió jamas hasta este dia;
 « En cualquier otro amor, profano ó santo,
 « Lograr el alma espera lo que ansía,
 « Mientra espina privada de la rosa
 « Es tan solo el ardor que á mí me acosa.
 « Si envidioso, oh amor, de mi contento
 « Robarme de mi afan quisiste el fruto,
 « ¿ Porqué en vez de elegir otro tormento
 « A mi alma sumes en eterno luto?
 « Jamas pasion cual la pasion que siento
 « Inflamó pecho racional ó bruto.
 « Nunca una dama ardió por otra dama,
 « La corza por la corza no se inflama.
 « La tierra, el aire, el mar, es bien seguro,
 « Ejemplo de tu insano poderio
 « Jamas pudieron resentir tan duro
 « Como el que dando estás en daño mio.
 « Mirra arde por su padre en fuego impuro;
 « Semíramis por su hijo amor impío
 « Sintió tambien; Pasifae por un toro :
 « Nadie empero sintió lo que yo lloro.
 « Todos ellos, por este ó aquel modo,
 « Si no entero, parcial con su esperanza
 « Y su pasion hallaron acomodo.
 « Mas del astuto Dédalo no alcanza
 « Toda la ciencia ni el ingenio todo
 « A trocar mi dolor en bienandanza,
 « Que en variar me afano vanamente
 « De natura la ley omnipotente.
 « Así se queja, y por hallar la calma,
 « Se agita en vano la infeliz princesa,
 « Que, sin piedad, con destructora palma
 « Su rostro araña y sus cabellos mesa.
 « Alivio al mal que ve que oprime su alma,

« Triste mi hermana de buscar no cesa ;
 « En vano , empero , por calmar se obstina
 « La desesperacion de Flordespina.
 « Acortando ya el término del dia ,
 « Arrebolaba el sol el Occidente ,
 « Convidando á dejar la selva umbria
 « Al que pasar la noche alli no intente.
 « La bella dama , en medio á su agonía ,
 « Que es hora ya de retirarse siente ,
 « Y á este alcázar , de alli poco distante ,
 « Que la acompañe ruega á Bradamante.
 « No pudiendo negárselo mi hermana ,
 « Con ella se dirige á este paraje ,
 « Donde esa turba hiciérame inhumana ,
 « Si no llegaras tú , sangriento ultraje.
 « A Bradamante la doncella hispana
 « Manda que alli se obsequie y agasaje ;
 « Y , haciéndole cambiar de vestimenta ,
 « Como mujer á todos la presenta.
 « Pues , conociendo que el viril aspecto
 « De mi hermana redundaba en mengua suya
 « Ya que no lleve á cabo su proyecto ,
 « No quiere que un desliz se le atribuya.
 « De su aire hercúleo espera que el efecto
 « Femenino ropaje disminuya ,
 « Y que de su alma la pasión se temple
 « Cuando en su amada una mujer contemple.
 « Comun aquella noche fué su cama ,
 « Distinto su reposo sin embargo ,
 « Que , mientras una duerme , la otra dama
 « Gimé y solloza y vierte llanto amargo.
 « Si á sus ojos el sueño acaso llama ,
 « No es sueño , es breve engañador letargo ,
 « En que siempre á su amada se imagina
 « Ver trocada de sexo Flordespina.
 « Cual si , en medio á la sed que le devora
 « Calenturiento enfermo se adormece ,
 « A su vista , en su angustia agitadora ,

« Cuanta agua vió en su vida se aparece ;
 « Así la dama , que su engaño llora ,
 « Tocar creyendo aquello que apetece ,
 « Extiende , despertándose , la mano ,
 « Y víctima se ve de un sueño vano.
 « ; Oh cuánto ruego á Alá y á su profeta
 « Aquella noche de su pecho sale ,
 « Porque el Ser á quien todo se sujeta
 « Con un milagro su poder señale !
 « Mas de su afán el cielo no se inquieta ,
 « Y nada el llanto de la virgen vale ;
 « Pasa la noche , y Febo de las ondas
 « Radiante saca ya sus trenzas blondas.
 « Saltan ambas del lecho , y , viendo el dia ,
 « De Flordespina aumentase el afán ,
 « Declarando mi hermana que queria
 « Partir sin mas demora á Montalban.
 « Al despedirse de ella , le confia
 « La princesa un magnífico alazan ,
 « Ricamente enjaezado , y un vestido
 « Por ella misma con primor tejido.
 « Acompañala un rato Flordespina ;
 « Triste , luego á su estancia se repliega ,
 « Mientras mi hermana tan veloz camina
 « Que á Montalban aquella tarde llega.
 « Bien presto de ella en derredor se hacina
 « Nuestra gente , que al júbilo se entrega ,
 « Pues por falta de nuevas nadie cierto
 « Está de si ella vive , ó de si ha muerto.
 « El yelmo levantándose , el cabello
 « Que su cabeza circundaba antaño
 « Desnudo agora deja ver su cuello.
 « Mientras nosotros de su traje extraño
 « El trabajo admiramos rico y bello ,
 « Ella nos cuenta como el ermitaño
 « En el bosque la halló ; de que manera
 « Por curarla cortó su cabellera ;
 « Como luego , en estancia retirada

« Hallándola la bella cazadora ,
« Por su viril aspecto alucinada ,
« Della perdidamente se enamora.
« Tambien nos cuenta, y cosa es que apiada,
« Cual crece la pasion que la devora,
« Y cuéntanos en fin por cual acaso
« Hácia aquel sitio dirigió su paso.
« En España y en Francia visto habia
« Yo á la doncella á quien amor acosa,
« É infinito pluguíéronme, á fe mia,
« Sus bellos ojos y su tez de rosa.
« Nada, empero, le dije hasta aquel dia,
« Pues temí verla esquiva y desdeñosa;
« Mas, ante la ocasion que se presenta,
« Mi antigua llama se alza mas violenta.
« De aquella llama que mi pecho quema
« Hace el amor un pernicioso empleo,
« Muéstrame por que medio la suprema
« Felicidad alcance mi deseo.
« Ejecutar aquesta estratajema
« Cosa fácil será, por lo que veo;
« Pues, cual tantos y tantos, por mi hermana
« Me tomará tambien la dama hispana.
« Tras larga indecision, juzgo oportuno
« Hacer aquello que placer procura;
« Consejo no reclamo de ninguno,
« Ni parte á nadie doy de mi aventura.
« Voyme de noche á un sitio do reuno
« Y visto de mi hermano la armadura;
« Su corcel tomo y póngome en camino
« Antes que brille el rayo matutino.
« Lijero aquella noche (amor me guia)
« Voy á encontrar á la doncella hermosa,
« Y á la hora allí llegué que todavia
« No estaba el sol en brazos de su esposa.
« ¡Feliz el que primero en aquel dia
« Llevar pueda la nueva venturosa
« A la angustiada dama, de quien piensa



Flordespina presenta á Ricardeto vestido de Señorita. (T. II, p 35.)

« Obtener valimiento y recompensa !
 « El mismo engaño á todos alucina.
 « Todos, cual tú, me toman por mi hermana,
 « Viendo la vestidura peregrina
 « Que ella vistiera la anterior mañana.
 « A poco rato llega Flordespina;
 « A mí se acerca, y me acaricia ufana
 « Con la faz mas risueña y apacible
 « Que en todo el mundo hallar fuera posible.
 « Cuando en sus brazos con amor me aprieta
 « Y en mis labios imprime dulce beso,
 « Del rapazuelo alado la saeta
 « Me hiere el corazon, me turba el seso.
 « Flordespina á su cámara secreta
 « Despues me lleva, y de mi cota el peso
 « Nadie quiere me quite, que ella anhela
 « Desnudarme del yelmo hasta la espuela.
 « Y luego pide y póneme una bata
 « De rica tela y de dibujo bello;
 « En traje femenino vísteme y ata
 « Con áurea redecilla mi cabello.
 « Gesto ninguno lo que soy delata,
 « Que en todos pongo del recato el sello,
 « Y hasta mi voz de modo tal combino
 « Que enteramente á todos alucino.
 « De allí despues á otro salon vinimos,
 « Do por damas, magnates y por pajes
 « A nuestra entrada recibidos fuimos
 « Con los mas obsequiosos homenajes.
 « A risa allí moviéronme los mimos
 « De mas de uno de aquellos personajes,
 « Que, ignorantes de aquello que cobijan
 « Mis faldas, sobre mí los ojos fijan.
 « Cuando la noche se hace mas espesa,
 « Y, manjar por manjar, desaparece
 « El suuntuoso servicio que la mesa,
 « Conforme á la estacion, siempre guarnece;
 « Impaciente aguardando la princesa